

LOS AÑOS 1966-1986

G. Balandier.

En una veintena de años -poco más o menos de 1966 a 1986-, la imagen del hombre se ha desintegrado y el paisaje social vive una transformación continua. La incertidumbre nos asedia, las ideologías y los grandes sistemas interpretativos parecen ser arrastrados por el mismo movimiento. Esa "era de vacío" puesta de manifiesto por la crítica, empezó ya. En consecuencia, los años sesenta se sitúan, primeramente, en el regazo de un signo de "afirmación". Es el tiempo del hombre estructural, de la reivindicación del "cientifismo", de la economía, como poder dominante. Una coherencia se impone: el nuevo saber posterga la retórica, la técnica prevalece sobre la política, la expansión económica es el eterno sedante que engendra satisfacción consumista. 1968 supone la llegada de imprevistos que crean ese "desgarrón" apuntado. Al hombre "estadístico", definido por el número, al hombre determinado por las relaciones de estructura, de organización o de sistema, se opone el hombre que reivindica la calidad, la intensidad, o bien el derecho a la imaginación... a la singularidad. Este hecho permite la máxima expansión de la economía y la sociedad francesas, pero ante todo, provoca también una ruptura a partir de la cual la modernidad encuentra un terreno más libre, y, paralelamente, las costumbres hallan ocasión para liberarse. Quien sobreviva, descenderá a una suerte de tercermundismo transformado en una ideología de paso, gracias a la cual la idea de revolución puede esconder sus primeros estertores. Pero por poco tiempo.

Los años setenta se revelan como el símbolo de duda. Toda la magia está ya perdida. En lo sucesivo, el progreso comportará desilusión (Raymond Aron, 1969). La sociedad está bloqueada (Michel Crozier, 1970). Realmente, la creencia económica no tiene todas sus virtudes, y algunos proponen imponer una interrupción (1972). Es el preludio de una

crisis que aparece a medio decenio y duraría siempre. Precisamente ella reconoce los límites, como réplica al individualismo -en E.E.U.U., se propaga una cultura narcisista-, como, en fin, valoración del instante, y del micro-local. El Postmodernismo derruye, prepara a los que "han dejado tras de sí todos los paradigmas" (Jurgen Habermas), al rechazo de los dogmas, y afirmaciones de pareceres. Las compensaciones permanecen como algo rebuscado: nuevas religiosidades y un amago de paganismo en lo cotidiano, consumo de productos culturales rápidamente repuestos, viajar y errar, redescubrimiento parcialmente mitificado de la Naturaleza, gestando así una "Mito-ecología".

Dos revoluciones se producen en esos años, sin que sus efectos sean percibidos con absoluta clarividencia: la de las novedades técnicas, y la de una ciencia cuyas aplicaciones se multiplican por doquier, y cuyos pioneros hablan tomando parte en debates de ideas, rompiendo el aislamiento, o erigiendo sus lenguajes específicos. El mismo año, 1970, dos biólogos sobresalen en el panorama: Jacques Monod (**El azar y la necesidad**) y François Jacob (**La lógica de lo viviente**). La década alcanza su término, pero antes de que esto ocurra, dos libros: **La nueva alianza** de Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, y **Entre el vidrio y el humo** de Henri Atlan, muestran su talante inconformista frente al orden general, portadores de complejas fluctuaciones y -¿cómo no?- de ideas creativas, y asimismo, de una inestabilidad que permite afianzar lo probable, lo posible. La imagen de la ciencia es, pues, más engañosa, y sus conocedores se configuran más como productores de resultados precarios que no de certezas permanentes. Las teorías científicas son menos globales (unificadoras), no deterministas, sometidas a la labor cronológica. Proponen, sucesivas síntesis separadas por espacios de vacuidad. El saber se escinde, se vuelve provisional, provoca una dispersión de la representación del mundo. Entonces, se pone en tela de juicio; y el conocimiento del conocimiento puede significar el medio -como hace Edgar Morin en **El método**- para una tentativa de reconstrucción, y de legitimación de la "unidad del hombre", por la complejidad de ella misma.

Si la modernidad se ha definido, por el movimiento y la incertidumbre, la ciencia actual sigue sus pasos. Es lo que explica la insisten-

cia de los sabios de hoy sobre las condiciones culturales, administrando la producción de su saber, y también sus exploraciones extraterritoriales. Se ponen a filosofar, se sitúan en este terreno justo en el momento en que los "grandes relatos" agotan su credibilidad. El neo-darwinismo de J. Monod ha hecho del hombre, hijo de la evolución biológica, un producto del azar y la necesidad, una realización arbitraria bajo los auspicios de la muerte, y ubicado en las fronteras de un Universo sin vida. Ilya Pigogine propone una "nueva alianza" del científico y del filósofo, un acuerdo nacido de lo simple y de lo complejo, del azar o de la necesidad propicia para maravillarse nuevamente al mundo. François Jacob y Henri Atlan, a la par que trazan el espacio abrazado por la ciencia y los límites del mundo objetivo, definen los espacios o el mito, la ideología, la ética viables, y otorgan al sentido de la vida y de la muerte el derecho a ser incansables.

La ciencia más interrogativa no es menos desconcertante en cuanto a sus aplicaciones, o sus perversiones, que la sociobiología fundadora de nuevo discurso sobre la desigualdad. El hombre está invadido por el malestar que supone vivir rodeado de riesgos, no sólo en lo tocante a lo tecnológico-nuclear y la degradación de su medio, sino también en la confusión que afecta a su propia naturaleza. La intervención resultante del movimiento acelerado de la biología acomete al ser físico del hombre en su misma formación, en la esencialidad de su constitución. Los procesos biológicos humanos son culturalizados hasta en la intimidad celular. El genio genético de la capacidad de recombinación, los medios de proceder sobre los mecanismos de la vida. El hombre empieza a tener conciencia de "ser programable" a expensas de lo sociocultural... empieza a abrir los ojos al descubrimiento que le atañe: es fabricable conforme a las premisas políticas o sociales. La bioética dispone a duras penas las barreras protectoras, y la definición genética del individuo -con la "tarjeta" genética correspondiente- puede doblar la identificación burocrática.

Aún más significativas son las técnicas de procreación artificial; es la irrupción de la natividad tecnicista, con todas las disociaciones que ello puede entrañar: de la sexualidad y de la procreación, del cuerpo y de la procreación, de su parentesco natural y su parentesco

social, de la conjugación de las diferencias sexuales y de la fecundación. Todo cuanto ha contribuido a definir al hombre durante tiempo indefinido, se transforma; se gana una libertad a expensas de un riesgo, efectivamente eugenésico, primero estimado como positivo, y que se ha ido instalando en deslices progresivos.

Afectado en el meollo de su propia naturaleza, el hombre actual es quien labra y forja su aprensión intelectual y sensible del mundo. A raíz de las nuevas técnicas de información y comunicación. Se ha dicho que la informática habita en el hombre moderno; le acompaña cada vez más en los actos de la vida cotidiana; puede provocar la identificación apasionada a una persona "electrónica", el ordenador. Ella conduce a una interpretación "maquinista" del hombre y de su inteligencia, al desarrollo de la organización bajo todas sus formas, y a una racionalización, reduciendo el campo de lo empírico y lo aleatorio. La tesis de la "sociedad abstracta" (popularizada en EE.UU. al comienzo de los setenta) constata así su validez. La información introduce, con el autómata, un tercer tipo de ser, insertado entre el hombre y las cosas; ofrece un nuevo género de objeto desprovisto de su evidencia, diluyendo las diferencias entre lo material y lo inmaterial, restituye, navegando en incertidumbres, la identificación de lo real. Aparece ya el proyecto del hombre-máquina, más allá del hombre "neuronal", favorecido por una transferencia de inteligencia artificial a su cerebro, y disponiendo de un desarrollo intelectual surgido con este artificio.

La sociedad de la modernidad avanzada es a la vez informática e inmediata. Las imágenes toman matices prolíficos; se multiplican de tal modo que forman las poblaciones más diversas, hasta llegar a aquella -la más sorprendente- de las imágenes sintéticas resultantes de la fusión de los procedimientos más abstractos y la creación de formas mediante metamorfosis sucesivas. Bajo este aspecto al menos, la cultura se nos antoja abundante, prominente. Emerge un universo de redes en expansión y avances conectables. Estas redes, que transmiten las imágenes y los mensajes ligados, duplican la realidad material: imponen una "suprarrealidad" cada vez más densa, más generalizada; transfieren a lo real una doble vida, y sus fronteras hasta ahora reconocidas, se enmascaran en cierta confusión. La oposición de valoraciones es brutal; por

un lado, la afirmación de un enriquecimiento; por otro, la denuncia de una pérdida de autenticidad decantada a lo "pseudo", de juego de apariencias. Según esto, la época es vista como simulación, como simulacros, hiper-producciones. Lo real aparece como un corpachón inútil. (Jean Baudrillard). Es el pasaje final en el naufragio del hombre como imagen móvil; se encamina hacia ese trocito de realidad. La aproximación a sus consecuencias menos extremas, desde ahora es identificable; revoluciona el saber y la capacidad, la actividad productiva como acto creador; cambia la naturaleza del yugo social, que pasa por las máquinas; rebasa el sistema de representaciones, la moda contemporánea de producción de las "visiones del mundo".

Sí todo se mueve, en todos los sentidos. En una hora de rupturas e irrupción de lo nuevo, de tensiones y contradicciones, de incertidumbre, la verdad se lamina, la ciencia y la técnica subyacen en la ideología, y la figura del hombre no es más que una imagen desenfocada (en su acepción fotográfica). Sin definición mítica, metafísica, positiva e incluso cultural de larga aceptación, los humanos vienen a ser entes históricos mal identificados. La violencia, el menosprecio, la indiferencia... pueden atacar gastos reducidos, y la inquietud y el miedo hacerlos más pasivos, la pujanza técnica los vuelve "seres" trabajados. La bien disfrazada barbarie será un buen porvenir; un mundo donde la creación deje lugar al hastío, lo sagrado a la angustia, la educación a la programación de los individuos; un mundo donde la cultura se atrofia cuando la ciencia sufre hiperatrofia, donde el sensible languidece y donde la energía vital se malgasta. Una reclusión sin salidas, ya anunciada y mostrada por Michel Henry (*La barbarie*). Mientras, hay tentativas menos desesperantes: la de los teóricos de la autoorganización, en lenguaje científico, de la autonomía, en lenguaje socio-político: las fluctuaciones son generadoras en todo momento de orden precario, pero siempre renovado; las que constantemente anuncian la segunda revolución individualista y un extraordinario desarrollo del culto a la autonomía privada, y el bloqueo de lo privado y el despego a la consideración de la "cosa pública". (Gilles Lipovetsky).

Sin embargo no está sin recursos; se procede a una nueva creación de las andaduras cotidianas. El hombre actúa con perspicacia y busca de

nuevo, con los medios disponibles, el cumplimiento de "sí mismo". Pero estos axiomas crecen también en la incertidumbre. La modernidad activa es, sin cesar, generadora de lo desconocido, que induce al hombre a ser un extranjero en todo lo que produce. Es la exploración de nuevos territorios de lo social y cultural lo que prepara un regreso antropológico; y permite esbozar los primeros brotes de estos lugares que "el movimiento de la modernidad transforma y hace surgir; inicia el descubrimiento de regiones inéditas" (Georges Balandier). Constituye a una inteligibilidad de su tiempo y de su obra, ayuda a reducir la desorientación del hombre contemporáneo. Y ante todo, es preciso evitar que esto no sea lo desconocido, un prójimo indefinido, mal situado y mal relacionado. Este reconocimiento de sí mismo incluye el mejor conocimiento del otro, del cercano, pero diferente: o del distante... por tal motivo, exótico.

(Traducc. Natalia Fdez. Díaz)

BIBLIOGRAFIA

- **A tort et à raison**, Henri Atlan. Ed. Seuil, 1896.
- **Le détour, pouvoir et modernité**, Georges Balandier. Ed. Fayard, 1985.
- **Simulacres et simulation**, Jean Baudrillard. Ed. Galilée, 1981.
- **La barbarie**, Michel Henry. Ed. Grasset, 1986.
- **Le jeu des possibles**, François Jacob. Ed. Fayard, 1981.
- **L'ère du vide, essai sur l'individualisme contemporain**, Gilles Lipovetsky. Ed. Gallimard, 1983.
- **L'unité de l'homme**, Edgar Morin et Massimo Piatelli (dir). Ed. Seuil, 1974.
- **La Nouvelle Alliance**, Ilya Prigogine et Isabelle Stengers. Ed. Gallimard, 1979.

